

ct

El tercer acto

de
Albert Tola

colaboración dramática de
Rodrigo García Olza

(fragmento en castellano)

LUISA

Llevo años esperando este encuentro.

LUCÍA

Quizás hayas esperado demasiado. No hay que esperar, no, nunca, a nadie, a nada. A fuerza de tanta espera, hay cosas que se pudren. La mayoría de las cosas, de hecho. Bastante fruto recogerás en una noche, para tanta falta de valentía.

LUISA

También le amaba a él.

LUCÍA

Pues, ves.

LUISA

Me pudo el miedo. Pero eso no significa que no te amara lo suficiente. Que no te amara de verdad.

LUCÍA

Ya. Mira, estoy ya tan cansada. Hubieras venido hace diez años, cinco, tal vez, hubieras encontrado a alguien muy distinto. Pero estoy desgastada.

LUISA

¿Cómo puedes saber que será una sola noche? ¿Cómo puedes saberlo?

LUCÍA

No te hagas esperanzas, mido mi cansancio. Lo conozco como a un perro fiel.

Un tiempo.

Ya solo me interesa el silencio.

Un tiempo.

Solo quiero escuchar la melodía de estar lejos de todo.

Un tiempo.

No vivo sino para estar alejada.

Un tiempo.

Luisa sé que, si me ocurriera algo, no te ocuparías de Mercedes.

Un tiempo.

LUISA
Yo...

Un tiempo.

LUCÍA
¿Para qué has venido hasta aquí realmente?

LUISA
Para recordarte que tú no le mataste.

LUCÍA
No, yo no le maté. Sin embargo, después de su muerte no he podido volver a escribir teatro. Quizás su ejecución sea uno de los tabúes del país y de la guerra, ¿por qué no?, y quizás él sea uno de sus fantasmas, grandes o pequeños, da lo mismo. Pero la persona se desdibuja debajo de la dimensión simbólica de su muerte. Con los años, una va aprendiendo a callar cada vez más. El silencio es un río sin retorno. Cualquier escritor del mundo podía escribir sobre nuestra guerra menos nosotras. Nuestras ciudades estaban llenas de escritores extranjeros que vinieron para escribir sobre nosotras: Escritores bien instalados, bien comidos y bien bebidos, bien leídos y escritos. Para ser escritor de verdad, había que escribir sobre nuestra guerra. A menos que fueras de aquí... Una sobremesa de cafés en que cambió de mesa y se sentó junto a mí. Me preguntó qué estudiaba, le dije que enfermería, y también Bellas Artes, pero que en realidad me gustaba escribir teatro. Aquella noche bebí demasiado, hablé demasiado. Fue la única persona que supo nuestra historia. Se entusiasmó. Empezó a decir cosas hermosas. Supongo que le tocó. Y se llevó nuestra historia a la cuneta. Sonrió, cálido, bueno. Al final de la velada, me dijo: “Si escribes una obra alguna vez, déjamela leer”. “Sólo se me dan bien los finales”, respondí, “nunca sé por dónde empezar.”

Un tiempo.

Ojalá no hubiera sido tan amable. Después, un paseo en grupo por el campus universitario y una foto, en la que él tenía una mirada más seria de lo necesario. Por supuesto, esa mirada ahora me parece absurdamente premonitoria... Desde que lo asesinaron le temo a los espejos. Me parecen más oscuros de lo que son. Veo reflejados en ellos otros rostros en lugar del mío. De hecho, los cubro con mantas, para que él no se cuele por ellos. Y las manos me pesan. Me pesan de escribir cosas que no quiero.

LUISA
Pero si te has vuelto conocida por las cosas que escribiste desde aquí...

LUCÍA
Libros de arte oriental, muy bien. Pero yo lo que quería era escribir teatro. No quería que una metáfora pasara de una cabeza otra, quería que la metáfora pasara de mi cabeza a la realidad.

LUISA
Para eso estoy aquí. A eso he venido.

LUCÍA

Has venido a tantas cosas, que ya dudo de que existas.

LUISA

No te creas, a mí también me ocurre.

Un tiempo.

Ven. Abrazame. Así verás lo real que soy.

Un tiempo.

He venido realmente, Lucía.

Un tiempo.

Todo puede nacer de la espera. Todo puede nacer del amor que madura.

Un tiempo.

Todo puede empezar de nuevo.

LUCÍA

Qué bonito sería... No, si estoy de acuerdo. Si no fuera porque... Creo que Mercedes ha consumido mis fuerzas. No me gusta hablar así de mi hija, lo siento... Construí... una máscara tras la que esconderme, sólo porque no supe dejar la mano quieta... Si escribiera las cosas que realmente quiero escribir, me hundirían en el olvido... ¿Cómo escribir el silencio, si nadie lo puede leer? Cuando el general llegaba a la casa, siempre había que recoger los restos de tierra que dejaba con sus botas en la alfombra y los restos de ceniza que caían de sus puros por todas partes. ¿Dónde se meterá con sus botas ese hombre? Imaginaba al general por las noches en los bosques haciendo cosas indebidas. Nunca se quedaba en casa mucho tiempo, pero el tiempo que permanecía en ella, lo pasaba encerrado en el despacho, conmigo. Sé que Nicolás escuchaba detrás de la puerta. El general me dictaba discursos importantes, falsamente cariñosos con el pueblo, como él decía. ¿Tú sabes lo que fue para mí escribir palabras, en las que no creía? Cuando se iba, pasaban horas hasta que me veía capaz de salir de la habitación, nadie debía molestarme y en cierta ocasión salí como un rayo del despacho y me metí vestida en la ducha. Estuve largo rato bajo la ducha, cualquiera de la casa podría haberme visto. Dejé la puerta abierta, pero nadie se acercó.

Un tiempo.

Me gustaría cavar un hoyo que cruzara el mar y me hiciera salir a un lugar completamente desconocido. Si fuera posible, sellaría el hoyo a medida que avanzara, tirando a mi espalda la tierra que excavaba. Sólo me llevaría a mi hija conmigo.

LUISA

Ya estás al otro lado del mar.

LUCÍA

Y ya ves: ¿De qué ha servido?

Un tiempo.

No veo posibilidades.

LUISA

Está bien, Lucía. De acuerdo. Me voy, no te preocupes.

LUCÍA

El problema es que si te vas pensaré en ti. El pensamiento de ti me persiguió hasta aquí. Siento como si te hubiera llamado sin quererlo. He invocado la escena que quería evitar. Y ahora no me puedo creer que estés frente a mí.

LUISA

¿Soy tu escena obligatoria?

LUCÍA

Sí, creo que sí.

LUISA

Pues escríbela.

LUCÍA

Sospecho que se estrenó, sin que la terminara de escribir. Se estrenó apenas esbozada.

LUISA

Pues ahora complétala.

Un tiempo.

¿De verdad quieres que me vaya?

LUCÍA

No. Espera.

Un tiempo.

¿Cómo salir de una nube que está en tu cabeza?

LUISA

Una obra sobre un muerto podría devolverte la vida.

LUCÍA

¿Le va a devolver la vida una obra sobre su muerte? No voy a usarle a él también para revivir.

Un tiempo.

No has cambiado nada. Lo que siento, tampoco. Intacto, como el resto del pasado. Esto sólo puede entenderlo quién lo ha vivido.

Un tiempo.

Debe vencer la parte racional.

Un tiempo.

Luisa, estoy tan cansada... de verdad... Miro a lado y lado y ya todo me da igual.

LUISA

Quiero una vida a tu lado.

LUCÍA

No voy a volver allá. Insisto: Una noche es todo lo que tengo para ti. Es todo lo que puedo vivir, todo lo que puedo escribir.

LUISA

Una noche es mejor que no suceda. Una noche no alcanza. Sólo abre la herida.

LUCÍA

Cómo si no estuviera abierta.

Un tiempo.

¿Cómo anotar el silencio, Luisa? ¿Y cómo escucharlo, una vez anotado?

Un tiempo.

LUISA

Ahora el poeta propone que me beses. Es su último recurso.

LUCÍA

Este poeta siempre está con lo mismo...

MERCEDES

(*Chilla*) ¡No puedo dormir, mamaa!

LUCÍA

¡Voooooooooooooooooooooooooooooy!

Un tiempo.

Por años he tratado de evitar esta escena. Pero no hubo manera de distraer al poeta. Lo logré por

Estaba acompañado.
Entonces una piara de cerdos entró también al recinto.
Eran cuatro o cinco bestias oscuras,
cerdos negros, semisalvajes, con hambre cerril y pezuñas de piedra.
Los cerdos se echaron sobre el cordero
y lo despedazaron y lo devoraron.
Sentí la tierra dura en las rodillas.
A pesar de que era verano,
recuerdo una brisa fría entre las piernas.
Apenas se veía nada.
La linterna de los hombres alumbraba sus piernas,
pero no sus rostros.
Alguien se movió y por un momento les vi la cara.
Dos de los hombres me miraban con desprecio,
el tercero no sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta ahí,
frente a mí.
“Venga, sin miedo”, escuché.
Después, friegue de ropas y algún sonido metálico.
A partir de ahí no recuerdo sino lo que he oído
en las cabezas de la gente que lee los periódicos.
Yo no lo oí, pero por lo visto,
justo antes de disparar dos veces,
mi verdugo presumió haber dicho: “¡viva la muerte!”

Un disparo.

Otro disparo.

Luisa abandona corriendo el salón hacia las habitaciones.

EL POETA

Yo no soy un símbolo. Me mataron de verdad.

Un tiempo.

Que no os enteráis. Que a mí me mataron.

Un tiempo.

Creo que no morí al momento.
Creo que solo sentí en mi cuerpo el primer disparo.
No sé si el otro fue contra la tierra o contra mí.
Escuché los pasos alejarse entre los grillos y el silencio de la noche.
Después, fui durmiéndome lentamente o algo así.

Un tiempo.

No me enorgullece ser el alma de la fiesta.
Hubiera preferido escribir las obras de teatro que tenía pensadas,

los poemas pendientes;
ya sentía dentro de mí el hilo de la sensación que los precedía.
Me consuelo cuando le susurro a mi madre mientras duerme
aquellos versos de una poeta rusa,
cuyo nombre no conocía
y que no logro recordar bien,
Ajmátova creo que se llamaba, o algo así,
todo emerge a retazos en esta difícil nebulosa,
aquellos versos que leí por encima del hombro
en un libro de una profesora cansada
que se replegaba en su habitación después de la jornada,
unos veinte años después de mi muerte,
aquellos versos que dicen:

*No llores por mí, madre,
ya duermo en la tumba.”*